

Príncipe, ò el Príncipe al vasallo, el hijo al padre, ò el padre al hijo!

20 Pero veo, que insensiblemente iba tomando el tono del púlpito, en ninguna parte mas superfluo, que en una Carta; en que estoy escribiendo à quien es Predicador de oficio, quando mi proposito solo era proponer el asunto, dexando à V. P. como tan exercitado en el ministerio, discurrir en los medios de la persuasion.

21 Acaso temerá V. P. que sino fulmina en el púlpito repetidas amenazas de la ira Divina, sea corto el fruto, que produzca de su predicacion. En efecto, este parece ser el motivo, que à tantos Misioneros zelosos induce à presentar con frecuencia à sus oyentes los tormentos, y horrores del Abysmo. Y no se puede negar la mucha utilidad del temor, que se introduce por este camino oportunamente sugerido. Pero fuera de que las producciones del amor de Dios, en el corazon humano, tienen un valor una dignidad muy superior à las del temor, como ya insinué arriba; se debe atender tambien à que las impresiones, que hace el amor en las almas, son mas constantes, que las del temor. La razon es, porque la impresion del amor es dulce, suave, grata; por lo que hallandose bien el corazon con ella, bien lexos de aspirar à borrarla, la abraza, y procura su conservacion: al contrario la del temor es aspera, desapacible, y como violenta, con que la resiste el corazon quanto puede. El amor le alhaga, el temor le oprime. El Amor se goza, el temor se padece. Por esto el amor, siendo siempre acto de la voluntad, muchas veces es tambien objeto de ella; esto es, le ama la voluntad con otro acto de amor reflexo: al contrario en el temor halla siempre un huesped enojoso, à quien dió entrada, por no poder negarsela; como se concede aloxamiento al enemigo, que se hace abrir la puerta con la espada en la mano. Asi con todas sus fuerzas se aplica à echarle fuera, y muchas veces lo logra.

22 Este es el principio, que hizo nacer en la imaginacion de varios libertinos, las horribles ideas phylosóficas,

yá

ya de negar à Dios la existencia, ya de despojar de su inmortalidad al alma. Toda la desdicha de estos miserables viene, de que lexos de contemplar al Omnipotente como un padre cariñoso, solo se figuran en él un Juez severo; y para sacudir de sí el terror, que esta qualidad les inspira, forcejan à persuadirse, ò con la primera de estas dos quimeras, que no hay Dios, que los castigue: ò con la segunda, que solo pueden temer de él un castigo leve, y de corta duracion, como lo es qualquiera pena temporal. ¿Pero qué logran con esto? Puntualmente lo que el reo, que huyendo de la Justicia, se arroja por un despeñadero, y por evitar un suplicio contingente, abraza una muerte indubitable. Por el precipicio mayor de todos, que es el de la impiedad, procuran huir de la Justicia Divina. Y aun los que niegan à Dios la existencia, no tanto aspiran à huir de la Justicia Divina, como que la Justicia Divina huya de ellos, pretendiendo, que el Soberano Juez se desaparezca de aquel Augusto Trono en que los ha de sentenciar.

23 Pero de uno, y otro hay en los incrédulos, de quienes hablo. Unos quieren ahuyentar à Dios, y otros quieren huir de Dios. Piensan ahuyentar à Dios los que le niegan la existencia, porque esto es arrojarle de todo el ambito del mundo. Piensan huir de Dios los que hacen mortal el alma, porque de este modo la subtraen del castigo de la pena eterna. Aquellos quieren aniquilar à Dios, y estos aniquilar el alma racional: de modo, que perezca al mismo tiempo que el cuerpo se disuelve. Uno, y otro es impiedad; pero mucho mas horrible, y de falsedad mas palpable la primera. Asi es sumamente verisimil, que de aquellos no hay, ni ha habido jamas, sino uno, ò otro rarissimo en el mundo, porque toda la naturaleza publica con un grito tan alto la existencia de su Hacedor, que parece imposible sordera intelectual alguna, que le resista. Por lo qual el grueso de los libertinos, viendo esa causa tan desesperada, se ha acumulado hácia el segundo partido, que librandolos de la esperanza, y miedo de otra vida, que la que

que al presente gozan, les dexa toda la licencia, que desean, para soltar la rienda à sus desordenadas pasiones.

24 En esta fuga de Dios, à que aspiran los libertinos, tanta parte tiene su inadvertencia, como su malicia. Si el temor de la Divina Justicia los mueve à la fuga, convengo en que huyan de esa justicia que los aterra. ¿Qué delinqüente no lo procura? Huyan, digo, de la Divina Justicia, pero no de Dios. ¿Mas cómo puede ser lo uno sin lo otro? Huir de la Justicia es huir del Juez. ¿Ni cómo se ha de huir de este Juez? Acá entre los hombres, como ninguno tiene mas que una jurisdiccion limitada, huye el reo del Juez, pasando de un Lugar à otro, de una Provincia à otra, de un Reyno à otro. Pero de Dios; adónde se ha de huir si Dios está en todas partes, y en todas es Soberano? ¡O! que no es eso lo que digo. Convengo en que se huya de la Divina Justicia, mas no de Dios. ¿Pero adónde se ha de huir de la Divina Justicia? ¿Adónde? A la Divina Misericordia. Y si esto en alguna manera es huir de Dios, es huir de Dios al mismo Dios; esto es, de Dios Juez, à Dios Padre; de Dios terrible, à Dios amable; de Dios enojado, à Dios compasivo.

25 De aquí infero, que aunque el fin principal, ò unico, que se ha de proponer el Orador Evangelico, es introducir en los corazones de sus oyentes el amor de Dios, puede, y aun debe por lo comun conducirlos à ese término por medio del temor: *Timor Dei initium dilectionis eius*, nos dice el Sagrado Texto del Eclesiástico. El temor à Dios es principio, y disposicion para amarle; lo que aunque los Expositores, por la mayor parte explican del temor filial, con toda propiedad es aplicable tambien al servil, cuya conduccion para el amor ya se empezó à insinuar arriba. Supongo, pues, que sea el primer asunto de una Mision aterrar los oyentes con una viva representacion de la atrocidad, y duracion sin fin de las penas infernales; que Dios, irritado, tiene destinadas à la venganza de sus injurias. Introducido en los corazones este terror, se les deberá intimar, que no hay otro medio para evadir aquel

aquel espantoso inmenso pielago de angustias, y tormentos, sino el humilde recurso de la Divina Justicia à la Divina Misericordia. Para cuyo efecto, habiendo puesto primero à sus ojos un Tribunal en que preside un Dios terrible, rodeado de los instrumentos, y executores de sus iras; enfrente de él se pintará un trono hermoso, en que está sentado un Dios apacible, ostentando los brazos abiertos, para recibir en ellos à quantos quieran aprovecharse de sus piedades: aquel Señor amable, à quien el mayor de todos los Predicadores Apostolicos definió: *Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo.* (Epist. 2. ad Corinth. cap. 3.

26 ¡O, qué campo tan espacioso, tan bello, tiene aquí el Orador, para hacerle fructificar con su zelo, y eloqüencia! Y aun estoy por decir, que es superflua la eloqüencia; porque la Sagrada Escritura, especialmente en el Nuevo Testamento, para imprimir en las mentes una idea viva de la infinita misericordia de Dios, le presenta unas sentencias tan energicas, unos similes tan propios, mejor diré unas imagenes tan animadas, que en comparacion de ellas, no son mas que informes rasgos quantos tiró para otros asuntos la admirada facundia de los Cicerones, y los Demostenes. Ahí halla aquel Pastor, tan solícito en la conservacion de su amado rebaño, que à una oveja disgregada, y perdida, busca por montes, y valles, trepando asperezas, pisando espinas, hasta que hallada, la coloca sobre sus hombros, para salvarla de las garras de las fieras. Ahí, aquel benignísimo Padre de Familias, que gravemente insultado, y ofendido por un hijo suyo, despues que fugitivo en una vida torpe, expendió toda la hacienda, que le tocaba, quando, impelido de la necesidad, vuelve à sus puertas, le abraza, y recoge con las demostraciones mas amorosas. ¿Quién es aquel Pastor, y ese Padre de Familias, sino el Redentor del mundo, y Soberano Señor de Cielo, y Tierra? ¿Quién aquella oveja descarriada, y ese hijo díscolo, sino el hombre fugitivo de Jerusalem à Babyloña, y desertor de la noble milicia de los Justos, para el

nfame escuadrón de los viciosos? Sin embargo, Dios ofendido, y abandonado, le recibe cariñoso, luego que recurre á su piedad, sin mas coste de parte del pecador, que pronunciar con corazón humilde, y sincero aquellas pocas palabras: *Padre mio, pequé contra el Cielo, y en tu presencia, ya soy indigno de ser llamado hijo tuyo.*

27 Todo esto nos consta de boca del mismo Salvador del Mundo, transmitido de su divina predicación á nosotros por la pluma de un Evangelista suyo. (Luc. cap. 15. ¡O infinita misericordia de Dios! ¡Y cómo se conoce ser infinita, pues parece, que toda esa infinidad es menester para recibir con caricias á quien se desvió con injurias! ¿Admiten de este modo á su gracia los Principes de la tierra á algun vasallo, á quien experimentaron, no solo ingrato, sino rebelde? No, porque es limitada su piedad, como es limitado su sér. La piedad de Dios no tiene límite alguno, porque su sér no le tiene.

28 Transferido con estas, ú otras semejantes representaciones, el ánimo del hombre del estado del temor servil, ó miedo de la pena, al de la confianza en la Divina misericordia; solo resta un paso mas que dar para colocarse en el del amor, que es término adonde se desea conducirse. Y ese paso es, al parecer, por un camino muy llano; porque bien persuadido el hombre á que tiene un Dios infinitamente misericordioso, extremadamente amante, y por eso mismo extremadamente amable; tan clemente, que, aun despues de ser muchas veces gravemente ofendido, le está mostrando los brazos abiertos, para recibirle en ellos, que aun quando le estaba actualmente injuriando, no deseaba otra satisfaccion de su parte, que la que era necesaria para su eterna felicidad; cómo puede resistirse á motivos, que con tanta eficacia le inclinan á amarle, y postrarse humilde á sus pies, repitiendo aquellas palabras: *Padre, y Señor amantísimo mio, pequé contra tí, como una ingrata, y vilísima criatura; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, sino de ser tratado como el mas despreciable, ó rebelde esclavo.*

Es-

29 Está descubierta la senda, por donde el ministerio de la Predicación puede conducir al hombre del terror de siervo, al amor de hijo; y visto juntamente, que no solo del temor filial, mas tambien del servil, se verifica aquella sentencia de la Escritura: *Timor Dei initium dilectionis eius.* En la amenaza de la pena se figura preciso el recurso á la misericordia; y como la infinita misericordia de Dios le representa sumamente amable, ella hace llano, y facil el camino para el amor.

30 De modo, que aunque es conveniente, y por la mayor parte necesario, poner delante al pecador el riesgo de su eterna perdición, y la horribilidad de unos tormentos, que no tienen fin; no ha de ser para dexarle enteramente dominado de ese terror; yá porque es mas conforme á la noble condicion de la naturaleza racional, llamarla hácia el camino verdadero por el amor, que por el terror; yá porque el terror por sí solo, así como postra el ánimo, debilita la inclinacion al obsequio: de modo, que tiene eficacia para apartar de las culpas, mas no dulzura con que suavizar las buenas obras; no inclina directamente á servir, si solo á no irritar. El instituto del Predicador es llamar el pecador hácia Dios, y quien no le muestra á Dios, sino con el azote en la mano, mas le incita á huirle, que á buscarle.

31 Es facil conocer, que la conversion del pecador solicitada por el medio que he dicho, será no solo mas sincera, pero tambien mas constante. Dios, representado al entendimiento como un Señor en supremo grado Clemente, y Benigno, es un objeto atractivo, un imán, que con suave fuerza está llamando hácia sí la voluntad del hombre, y esta es una disposicion admirable en ella para la perseverancia en el buen proposito de no ofenderle mas; pues parece, que es menester, que el corazón se haga una gran violencia, ó padezca esta gran violencia, por repetidos embates de alguna vehementísima pasión, para desprehenderse de objeto tan agradable. La experiencia confirma esto mismo en un hecho, que refiere

Tom. V. de Cartas.

M

el

el muy R. P. M. Fr. Benito Argerich, en la Relacion que dió à luz pública de la Vida, y Virtudes de nuestro célebre Lego de Monserrate, Fr. Joseph de San Benito, cap. 10.

32 Como este Religioso gozaba en todo el Principado de Cataluña la fama de Varon especialmente ilustrado, no solo de la gente ignorante, mas tambien de no pocos hombres doctos, era consultado en asuntos de algunas dudas, que padecian, en orden à materias espirituales; entre estos un Misionero Apostólico de los del Convento de Escornalbou (así le nombra el Escritor, y no sé de qué Orden es este Convento) en una conversacion se le quejó del poco fruto, que lograba con sus Sermones, como solicitando de él algun aviso, ò instruccion, con que pudiese hacerlos mas utiles: *A que le respondió el Siervo de Dios* (son palabras del mismo Escritor), *que se aplicase mas à predicar, y persuadir la infinita misericordia de Dios, de lo que hasta entonces habia practicado, y que seguramente sacaría de las almas el fruto, que deseaba.* Puntualmente sucedió así.

33 Puso en práctica (prosigue el citado Escritor) este Misionero Apostolico el consejo de nuestro Hermano; y habiendo vuelto despues de algunos años à Monserrate, dixo à cierto Monge, que habian sido innumerables las almas, que habia convertido con el consejo de Fr. Joseph de S. Benito, y que à muchas, puestas en peligro próximo de desesperacion, habia reducido à una firme esperanza solo con sus escritos, y especialmente leyéndoles los opúsculos, que trae en Romance al fin de sus Obras; y concluyó (el Misionero) con estas palabras: *Que Fr. Joseph de San Benito, y sus Obras tenian especial gracia para infundir en los corazones la esperanza, y confianza en la misericordia Divina.*

34 Esto respiraba siempre aquel admirable Religioso. Era el caracter propio, ò distintivo de su espíritu, una especialísima, y profundamente radicada confianza en la infinita piedad, y clemencia de Dios; y procurando

do inspirar la misma à quantos le comunicaban, hizo singularísimas conversiones de pecadores, que se reputaban absolutamente incorregibles; aun introduciendolos, como casualmente de paso, en su conversacion, algunos Monjes del aquel Monasterio, como asegura el expresado M. Argerich, testigo ocular de algunos casos de estos; el qual concluye el capitulo citado con las siguientes palabras.

35 Finalmente era tan inclinado este Siervo de Dios à persuadir la misericordia de Su Magestad, para que à vista de ella concibiesen los pecadores mayor esperanza del perdón, que solia decir à cierto Confesor, que acostumbraba comunicarle algunas cosas, que tratase siempre à los penitentes con amor, animándolos à la confianza en Dios. *A los que le comunicaban sus reincidencias en alguna especie de pecado, no les daba otra medicina para sacarlos de su miserable estado, que el que se confesasen siempre que cayesen, con una firme esperanza en la misericordia de Dios, no dudando, que por este medio conseguirian la enmienda de su vida; y fue tan eficaz este remedio en ellos, que por él mejoraron de costumbres.*

36 Realmente tengo por convenientísima la conducta de que usaba este Religioso, para traer las almas al camino de la salvacion. Bueno es introducir en ellas el temor de Dios; pero mejor, y mas seguro, hacerlas enamorar de Dios. ¿Y qué medio mas conducente para esto, que imprimir en ellas la idea mas clara, que se pueda, de su infinita misericordia? La bondad es el formal motivo del amor; y el concepto, que formamos de la infinita misericordia de Dios, es en nuestra mente la expresion mas viva, mas sensible de su infinita bondad. Ya he mostrado, que no solo no es incomparable con el amor el temor, mas aun por medio del temor servil se puede hacer paso para el amor; y propuesto el metodo, con que el pecador se ha de conducir de uno à otro, dando al mismo tiempo en este metodo una explicacion literal, y propria de aquella sentencia: *Timor Dei initium dilectionis eius,*

eius, aun entendida la máxima del temor servir. Pero basta ya de Mision. Nuestro Señor guarde à V. P. muchos años. Oviedo, y Febrero 28 &c.

CARTA VI.

EL ESTUDIO NO DA ENTENDIMIENTO.

1 **M**UY señor mio: Veo lo que Vmd. me dice, con bastante desconsuelo, de que empieza à perder las esperanzas, que le habian dado, de que al sobrino puesto en el estudio de la Phylosophia, con el exercicio de la disputa, y con el comercio de la gente racional, que hay en la Ciudad, adonde se le ha transferido, se le mejorase el discurso, que hasta ahora se manifestaba algo torpe, lo que se atribuía à falta de cultivo, siendo poco, ò ninguno el que podia obtener, ni con el estudio de la Gramatica, ni con el trato de la gente, que hay en un Pueblo, que apenas es algo mas que Aldea. Pero concluida ya la Lógica, y entrado en la Metafisica, habiendole trahido Vmd. à su casa, para gozar de alguna diversion en las fiestas de la próxima Navidad, nada halla en su entendimiento mas de lo que antes era, pues ni ve, que en los asuntos, que se ofrecen à la conversacion, discierne mejor los objetos, ni forme mas acertados dictámenes, ni perciba con mas claridad lo que oye, ò pruebe mejor lo que piensa, ò responda mejor à lo que se le opondre.

2 Insinúa Vmd. que ha estrañado esto, como cosa no pensada. Pero yo estoy muy lexos de estrañarlo, aunque he oido mil veces esa cantilena, de que el estudio, acompañado del exercicio de disputar, sobre las questões Lógicas, y Metaphysica, que se agitan en los Cursos de Artes, afinan, sutilizan, ò adelgazan los entendimientos; de modo, que parece adquieren un nuevo ser No

Se-

Señor mio. El estudio, los libros, los Maestros, no hacen ingenioso al que no lo era. Entendimiento solo Dios le dá. Como es el unico Agente, que cria las almas, es el unico, que les reparte en determinado grado la actividad de las potencias. Lo que dixo Christo, que nadie, por mas que cabile sobre ello, puede añadir un codo mas à su estatura corporea (Matth. cap. 6.), se verifica tambien de la estatura intelectual. Yo toda mi vida he conversado con gente destinada à las letras. A muchos que alcancé principiantes, traté tambien largamente, quando yá tenian muchos años de estudios. Y nada mas penetracion, ò agudeza percibí en ellos en el segundo estado, que en el primero.

3 Así, señor mio, que (por sí solas) las noticias, que se adquieren con el estudio, hacen en el entendimiento lo que los rapices, ò pinturas, que visten las paredes de un Palacio, que decoran el aspecto, sin mejorar el edificio; ò lo que los anillos, con que se engalana una Damisela, que dan lucimiento à la mano, sin blanquear mas la tez, ò articular mejor su organizacion.

4 Mas diré à Vmd.: conocí, y traté por espacio de tres años à un Profesor de Theologia Escolastica, y Moral, muy aplicado al estudio; pero con tan ninguna utilidad suya, que aun le dañaba su mucha aplicacion; por que quanto mas estudiaba, menos sabía. Es hecho ciertísimo, aunque à Vmd. parezca increíble; y aunque solo lo observé en un sugeto, no dudo suceda lo mismo à otros, en quienes se juate el mucho estudio con una limitada comprehension, sin que sea muy oculto el principio de donde esto pende. Vmd. habrá notado, ò por lo menos oído, que digieren, ò actuan mal el alimento aquellos sugetos, que comen mas cantidad, que la que es proporcionada à la actividad de su estomago. Lo mismo, pues, que à los estomagos débiles con el exceso de los manjares, sucede à las débiles, ò cortas capacidades con la multitud de especies intelectuales, que son el alimento de las almas. Pueden digerir algunas pocas: pero sien-

Tom. V. de Cartas.

M 3

de